

Carriles que venga aquí para instrucciones. El la llevará a otros.”

—¿A quiénes?

—A eminencias médicas.



XV.

EN BUSCA DE EMINENCIAS.

Mientras esto pasaba en la 5ª Comisaría, Julio Carriles, dando vueltas y revueltas en la azotehuela de su vivendita “macheteaba” su *Dieulafoy*, operación estudiantil mexicana que consiste en recorrer el libro como si se distribuyesen golpes de machete a una espesa hojarasca. Al azar de los golpes, la atención del estudiante machetero sólo se detiene en ciertos trocitos del texto (*corrales*) los más útiles para apagar *cohetes* y capear *toros*. En la jerga escolapia “cohetes” y “toros” corresponden a las preguntas más o menos difíciles del examinador, preguntas que toman en la imaginación del examinando, ya la forma de proyectiles pirotécnicos, ya la de cornúpetos saliendo del corral.

EXPLICA A LOS ESTUDIANTES
DE LA ESCUELA DE MEDICINA
DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
EL LIBRO DE LA ESCUELA DE MEDICINA

No hacía muchos días que el practicante de la 5ª había solicitado examen general, razón por la cual, macheteando, “calentaba sus materias” para lanzarse al doctorado.

En un extremo de la azotehuela estaba un perico enjaulado, en el otro una maceta de claveles blancos. Carriles se balanceaba a grandes pasos entre el perico y la maceta. Cierta vecina chocarrera había aleccionado al perico para saludar al estudiante gritando: “Andele, doctor!”—Por lo cual, viéndole ir y venir, repetía su familiar saludo.

Preocupado Carriles, macheteaba sus textos encimados en el pretil. Acababa de emprenderla con las *nefritis*.

—“¡Muy bien, Dieulafoy!” exclamó en un acceso de locuacidad solitaria, como la del perico. “Esto es concreto, claro y bien ligado. Poco importa que algunas palabras francesas se me atoren, rebeldes; yo las mascullo y digiero; se me didifunden y penetran en las intimidades de mi meollo y me dejan nociones fundamentales, algo que me servirá para discurrir cuando me las tenga que haber con la humanidad nefrítica.”

De repente se acordó de Godínez y su tratado de *Patología interna*, declarado *texto oficial* por el Ministerio. Allí estaba, entre los libros del pre-

til. Era preciso estudiar en él las nefritis para poder *capear los toros* de Godínez que sería su sinodal a no dudarlo.

—“Andele, doctor!” gritó el perico viendo al estudiante interrumpir sus oscilaciones para cambiar de libro.

Es de saber que Carriles era un patriota ardiente, capaz de batirse él solo contra tres arqueólogos gringos por defender la integridad del calendario azteca. Pero tratándose, como él decía, de “intelectualismos universales,” ya no había patriota. Sólo quedaba un cosmopolita cínico. No le gustaron las nefritis tal como las exponía Godínez. Se paró, llevándose una mano a los lomos, como si el desagrado le produjera un cólico *ejusdem materiae*.

—“¡Andele, doctor!” clamó el ave.

Encarósele Carriles en un arrebató de personificación oratoria, producto de disposiciones tribunicias mayores que las de su colega Flon.

—“Oye, perico! Este Godínez es insípido, incoloro; no *me entra*, aunque esté en castellano y en mexicano. Su exposición carece de relieve. Es lúgubre, como él mismo cuando pasa en su coche con cara de beato en contemplación. Y esto no tiene remedio, porque si quiere ser ameno resulta chocarrero o grotesco. El carácter azteca

no se adapta más que a los extremos. . . . Y si es así, si tenemos que recurrir a autores exóticos para digerir la ciencia ¿porqué nos imponen la necesidad de comprar manuales caseros declarados libros de texto?

El del verde plumaje se desató en un “já-já-já” casi humano. Carriles prosiguió:

—“Ya sé porqué te ríes, perico! Dicen que es por patriotismo, por proteger la ciencia nacional. . . . Lo que se protege son los intereses mercantiles de un individuo en daño de nosotros, intelectualitos. . . . ¡Nos *tantean!*. . . . Oye, perico; yo comprendo que en un país se establezcan concursos de autores nacionales sobre enfermedades endémicas, formas regionales que no acertarían a describir bien los de fuera. Que a los mejores se les decreten recompensas y ediciones gratuitas. . . . Pero que nos dejen tranquilos en la elección de autores. Compraremos los que mejor nos instruyan. Nada de “tomar la lección” en cierto y determinado librito! Nada de examinar según un autor! Son antiguallas aristotélicas de *magister dixit*. . . . Ya no examinar según los autores, sino según la naturaleza!”

Esto dicho, Carriles siguió oscilando del perico a la maceta, de la maceta al perico. Godinez, cerrado, volvió al pretil. Iba Dieulafoy a abrirse

de nuevo, cuando en la azotehuela penetró la Comisaría personificada por un auxiliar.

—“Señor Carriles: que el señor Velázquez quiere que se presente Ud. inmediatamente en la Inspección General.”

Era el número 49 quien traía el recado.

—“Andele, doctor!” gritó el perico viendo salir al estudiante.

Obediente éste al llamado del Inspector, se presentó cerca de la una vespertina en su despacho del “Distrito”

—Aquí tiene Ud., le dijo Don Eduardo, tarjetas numeradas según el orden en que deberá llevarlas á esos doctores. . . . La número 1 para Birjan, la 2 para Gordete, la 3 para Pinillos, la 4 para Penequez. . . . Les pinta Ud. las chifladuras de la muchacha, y que la examinen. Con la firma de cualquiera de ellos se arreglaría el ingreso. Tanto mejor si son varias. En todo caso, convendría que la de Penequez no falte. . . . Va al último para remachar. . . . ¡y vaya que remachará!. . . . (bajando la voz) Tiene *chifladura* crónica y ya sabe Ud. . . . Nadie mejor que quien *la* padece para descubrir *la* del prójimo.

—Pero, señor Velázquez! Estoy preparando mi examen general para recibirme. Con estas cosas, dejo los libros. . . . y si me reprueban?

CAPITULO IV
EL EXAMEN GENERAL

--No tenga cuidado; ya me dirá quiénes lo van a examinar para recomendarlo.

Un billetito de diez pesos para coche y extras, seguido de insinuante apretón de mano, y héte ahí a Carriles en campaña. Dieulafoy, Godinez, los textos obligados, el perico confidente, todo se le borró del cacumen, seducido por la extraña misión en que husmeaba ventajas positivas.

Al pasar por la Concordia, reflexionó que no había comido; pensó que una comisión desusual necesitaba una colación extraordinaria. Se la pagó regiamente, de \$ 1.50 cs. con 0.10cs. de propina. Le restaban \$8.40 para coche, y "¡qué diablos!" exclamó con su malicia juguetona de vivir en ciernes, "tomándolo (el coche) *amarillo*, ya podré volar como mayate por toda la ciudad, y aun quedarme con hebra!"

Llega a la 5ª, recoge á Elvira Resendis, y "Arre, cochero!... a la Mariscalá, a casa del Dr. Birjan."

Birjan era un alias; pero tan pertinente que había acabado por prevalecer en la plaza sobre el nombre original de la eminencia.

Don Ramiro Birjan había estado *de malas* la última noche en el garito elegante que frecuentaba. Rebelándose contra su vena habitual, el bacará le había escatimado ochos y nueves arre-

batándole cerca de cien pesos, límite de pérdida que él se imponía en la adversidad. Luego intentó desquitarse con el pókar. Ducho en el arte de semblantear al contrario, audaz y sereno para afrontarla con un "parecito", el Dr. Birjan honraba su nombre en los *rebites*... Así había despojado a varias víctimas en singulares combates pokareros. Pero tropezó esa noche, en un ruedo, con cierto adversario mañoso que, fingiendo inseguridad con buenos juegos, le tapó gordos rebites, lo cual hizo montar su pérdida a quinientos.

Pensando en ello, a eso de las dos, bajó Birjan a su consultorio, con la idea del desquite clavada en la mollera. Cierta que el juego le había dado la casa en que vivía; pero importaba redituarse con la ciencia.

Echó á la antesala una mirada inquisitiva... Era casi el desierto!... Sólo un incurable, operado dos veces, la primera para abrirle un ojal perineal, la segunda sin resultado, para cerrárselo... El pobre sujeto, agotado física y pecuniariamente, cabeceaba sentado, próximo a rodar de la silla... No convenía despertar a esa momia de cliente, único ornamento de la antesala, y comenzar por tan poco... Pasó quedito á su gabinete, cerró la puerta, se tendió en la otomana

destinada á los exámenes en decúbito, y esperó con esa paciencia fatalista de los viejos tahures inclinados a someterse al azar en las más heterogéneas situaciones.

Del lado del zaguan vino ruido de coche que se detenía; resonaron pasos y voces en patio y antesala; luego, en la puerta de comunicación con ésta, dos golpecitos discretos. Birjan se levantó... ;“Ya viene la suerte!” murmuró entreabriendo la puerta que dió paso a Carriles, tarjeta en mano.

Despertando, la momia del ojal perineal se movió hacia la puerta, como para hacer valer su prioridad de antesala. Birjan lo detuvo.

—Pase Ud. con la joven, dijo al estudiante, esforzando la sonrisa paternal que servía de máscara a su egoísmo. Ni la tarjeta, ni el estudiante conductor, ni la pobre muchacha de tapalito, le auguraban una consulta fructuosa. Sin embargo, sentíase obligado al Inspector que le había guardado las espaldas en más de una encerrona clandestina con jugadores de marca. Por lo demás, ¿quién quite? Velázquez se anuncia como buen punto en política... ¿y si se apunta?...

En el cerebro de Birjan las ideas tomaban fórmulas extrañas, evocadas del tapete verde...

—¿Con que sí? ¿qué le pasa a Ud.? dijo a la joven haciéndola sentarse al borde de la otomana.

—“Pues nada!” contestó Elvira, y bostezó.

La neurótica caliente pasaba por una de esas alternativas frías que le abatían la quijada. Carriles habló por ella, intentó una “historia” morbosa con términos incomprensibles a la aludida.

—Tiene fobias.

—¡Tiene fobias! ¿quién no las tiene? saltó Birján, acordándose de su propio horror a la sota de bastos.

—Sí; pero las fobias de ésta se complican de persecución... Persigue al Inspector, le achaca la muerte de un su amigo.

No estaban las “fobias” en el vocabulario poético de Elvira... Santa Teresa, Sor Juana, Espronceda, Becquer, Acuña y demás; ninguno la había iniciado en el vocablo. Lo cual acarreó substitución peregrina.

—“Yo no he tenido ningún Tobías. Ni se llamaba así, mi pobre matado.”

Cerró los ojos como para escapar a la visión fascinadora del apoplético; un temblor general la sacudió, y bajo la falda apareció agitándose su pie torcido.

—¿Ve Ud., señor? observó Carriles; una crisis!

—Eso no vale nada, replicó Birjan con tono de superioridad—y se quedó viendo el pie.

—A mí no me preocupan, añadió, las *auras* y los ataquitos que se curan con riegos de ducha y otros. . . . Esto ya es algo concreto, material, somático—e inclinándose, se apoderó del pie, a pesar de que la joven, pronto repuesta, intentó retirarlo.

—Este es un pie equino (poniéndolo sobre su rodilla.) No importa que sea bonito. . . . Hemos dado en llamarlo pie caballuno. . . . Es el equino con algo de *varus*. Este sí vale la pena. . . . es operable. Le hago la tenotomía del de Aquiles, pongo el pie en escuadra. . . y a andar derecho!.. Una vez que ando bien, todo entra en el orden...

—Pero, señor doctor, objetó vivamente el practicante, sintiendo que el gran Birjan se engolfaba. . . . Lo que quiere el Sr. Velázquez es un certificado para pasarla a la Canoa.

—Dígale Ud. que la pase a mi sanatorio. Se la haré baratito. . . . Unos quinientos pesos. . . . En quince días sale buena.—Si no quiere, entonces. . . . veremos *mañana*. . . .

Carriles creyó prudente ausentarse. Remolcando a la histérica, pasó rápidamente por la antesala, invadida por una nueva momia, otro rezago de las brillantes operaciones birjanianas.

Era una viejecita a quien Birjan había abierto también un ojal, el horrible ojal iliaco, bautizado en Cirugía con el epíteto de *ano contra natura*. El uno y la otra entraron sucesivamente al consultorio reclamando del eminente que les cerrara el ojal.

Se fueron descorazonados, maldiciendo y sin pagar.

—Estos bárbaros me piden el imposible en consulta gratis, murmuró Birjan dejándose caer en la otomana. . . . Sigue *la de malas!*

Entretanto Carriles y Elvira, llegados a la calle de las Ratas, entraban al Consultorio del elegante Gordete. Lo encontraron preocupado con los pliegues delanteros de su pantalón, estilo Eduardo VII, borrados en las rodillas por incuria de Ramona, planchadora de cámara.

En opinión de Gordete, estos pliegues le habían servido para casarse ventajosamente, conquistándole, con la fortuna de su suegra D^a Hilaria, el corazón de la heredera; y de ellos esperaba también la prosperidad en su naciente clientela.

Tenía que apersonarse esa tarde en una junta de médicos a que cierto colega *de cabecera* le había llamado esperando reciprocidades clientelíferas en la persona misma de D^a Hilaria, ya

CABALLA ALBERTO
D. A. M. V. I.

achacosa; y sentíase fuerte, armado con fistol de perla, anillo brillantudo y una levita de corte exquisito, que cruzaba su impecable negrura sobre el pantalón claro. Era el más claro que tenía y prometíase llevar con él una nota alegre a la discusión mortuoria. “Pero los pliegues! Esta Ramona.” Y el dilema se planteaba: o mudarse de pantalón o la plancha de Ramona.

La tarjeta de Velázquez cayó en pleno dilema.

Curioso de ocultas morbideces, soltó broches y deshizo nudos, parecióle poco interesante el pie, mucho menos interesante el alma de la joven, y se dió a buscarle las *zonas histerógenas*. Llegando al ovario izquierdo, provocó un principio de crisis hilarante, con lascivas convulsiones. . . .

Gordete se apartó, temeroso de que un estrujón turbase la tiesura de sus puños. Y emitió el tratamiento:

—Una buena ovariectomía.

—Pero, señor; si está loca. . . . Lo que se quiere es su firma!

—Le extirpo el derecho, le dejo el otro para la prole. . . . y que la casen! Una operación baratita por tratarse del amigo Don Eduardo. . . . Costará.

Carriles se levantó agitando el sombrero.

Gordete, que no se había sentado, por no estropear más el pantalón, consultó su Longinos oro.

—Las tres y media! Tengo que ir a una junta. . . . Veremos *mañana*.

Salió disparado el estudiante con su carga femenil, en tanto que Gordete se miraba las rodillas, vacilante.

De repente se decidió, y subió la escalera gritando:

—Ramona, la plancha!

Poco después, el amarillo corría por la calle del Sapo, al tira y tirón de sus rocines. Dentro, el estudiante hacía lo posible por desenfadar a la histérica, quejosa de aquella peregrinación por los consultorios. . . . Ella poetizaba:

“Ah! mi vida es un erial,
Flor que toco, se deshoja.”

El trataba de consolarla, y ella:

“¿Porqué se acerca tanto de mi lado?
Tengo miedo de usted!”

Rechinando sobre sus ruedas oscilantes, el vehículo siguió por las calles de Hoacalco y la Pelota, desembocó en la de Revillagigedo. Allí

CAPÍTULO IV
LA OPERACIÓN
U. A. N. N. N.

se detuvo, frente a la mansión del práctico Pinillos.

El eminente práctico estaba recluido en su despacho con una pareja compuesta del rancho Don Abundio, procedente de Xochimilco, y su hija Pascuala. Esta interesante joven adolecía de una verruga implantada en la cara posterior del pabellón de la oreja, al nivel de la concha. La tal verruga que Pascuala llamaba desconsoladamente “mi alberjón” llegó a preocuparla en igual grado que al autor de sus días. Como que tratada por la mágica “Homeopatía,” había la verruga resistido a innumerables glóbulos y cucharaditas quintesenciales. . . . De allí que acudieran a la “Alopatía,” dignamente representada por el práctico Pinillos. . . . De codos en su escritorio, púsose éste a idear una receta contra la verruga. En su cerebro se agitaron la potasa, el ácido nítrico, el crómico y otros corrosivos. Indeciso, abrió un formulario Dujardin-Beaumetz con el aire de un mago consultando la cábala; y al flechar á Don Abundio con mirada imponente, le vió ocupado en manejar una “talega,” el antiguo saquito de lona que gozó de tanta importancia mercantil antes del papel-monedera.

Empezó el rancho por extraer un paquete

de billetes superpuestos al numerario, luego removió los pesos, y sacó dos, destinados a pagar la consulta.

Brillaron los ojos de Pinillos con fulgor semejante a los del minero ante un filón ignorado. Soltó la pluma, cerró el formulario y embistió al cliente:

—¿Sabe Ud., Don Abundio? Recapacitando...

Y le expuso haber descubierto en su libro que aquella excrescencia no era *peccata minuta*, y necesitaba extirparse.

—¿Y cuánto?

—Poca cosa, por tratarse de Ud.

Pinillos habló en plata. Setenta y cinco por la operación y veinticinco por una inyección anestésica (“para que no le duela a Pascualita”). Total: “cien duritos.”

El rancho regateó débilmente.

—No se puede menos! La cocaína está cada día más cara, por las nubes. Y debe Ud. considerar que se trata de una operación radical. . . . con instrumentos especiales, esterilizados!

Diciendo y haciendo, el práctico encendió la lámpara de su estufa; echó en ésta tijeras, bisturís y hartas pinzas, como para una grande operación.

Don Abundio, deslumbrado, hubo de recono-

cerse menos fuerte para el regateo en operaciones quirúrgicas que para compras de frijol.

Se cerró el trato a tiempo que tocaron a la puerta del consultorio. Pinillos la entreabrió y tuvo en el dintel un corto diálogo con Carriles que entró en materia presentándole a su compañera y la consabida tarjeta.

—Sí! todo lo que quiera mi amigo Don Eduardo! Sólo que en este momento no estoy para entregarme de lleno a un examen psiquiátrico. Preparo una operación algo delicada.... Mire Ud! Todo listo; los instrumentos hierven.... En cuanto acabe, ya verá Ud!.... En Psiquiatría la práctica, el ojo, y sobre todo el olfato.... Así como huelo las heridas en las entrañas, puedo oler los estados del alma.... Esta jovencita.... (señalando a Elvira) Ah sí! Ya la huelo.... Histerismo! No es una enfermedad: es un estado fisiológico del feminismo púber.... Hay que ser práctico en terapéutica del alma mujeril.... Lo malo es cuando no tienen dote, como las más en México. Quieren el remedio gratis. El Gobierno debería instituir para estas señoritas unos llanos del Cazadero (con s) Allá debía enviarla Don Eduardo, al Casadero!

—No señor.... a la Canoa.... el certificado.

—Un momento, amiguito, o mejor *mañana*.... Véngase Ud. por aquí mañana, y la despachamos.—Mire Ud.: los instrumentos hierven demasiado.... Voy a proceder.

Cerrando la puerta, Pinillos, armado de jeringa de Pravaz, avanzó sobre Pascuala y su “alberjón.”

Despechada Elvira, se desató contra Pinillos en estrofa beckeriana:

“Me ha herido recatándose en la sombra....”

Y plantándose frente a Carriles, lo interpelló, como a Pedro el Cristo de Sienkiewicz:

—*Quo vadis?*

El estudiante se dejó arrebatarse por el lirismo:

A otras eminencias voy,
Porque en tierra mexicana,
Todas dejan “pa mañana”
Lo que pueden hacer hoy.

Pero la histérica se rehusaba a proseguir la jornada.

—“Yo no voy a la Tlaxpana....
Tan lejos! ¿y para qué?”

No quiso Carriles recurrir a los empellones para subirla al amarillo. En la necesidad de un

BIBLIOTECA ALFONSO MARTÍNEZ
MEXICO, D.F. 1911

estratagema, discurrió llevarla primero a casa del Dr. Hermundio, situada en San Fernando, a medio camino para la Tlaxpana. “¿No era acaso Hermundio hipnotizador de oficio y amigo acérrimo de Don Antón? Pues que la hipnotice!”

A decir verdad, Elvira marchaba ya hipnotizada en plena vigilia por el Inspector, los polizontes, Carriles. . . . En su estado de vaga inconciencia, no se daba cuenta exacta de que todo aquel traqueteo tenía por término un hospital de locas. Sólo oponía leves resistencias veleidosas a dejarse llevar más allá. La Tlaxpana, entre las grandes vías ferrocarrileras que llevan muy lejos, se le antojó el cabo del mundo. Así fué que cuando Carriles limitó la excursión a San Fernando, la histérica se acomodó de nuevo en el desgarrado cojín del amarillo.

Entre todos los galenos impresionistas, el Dr. Hermundio “batía el record” del impresionismo en el sport médico de la gran Tenoxtitlán. El consultorio en que despachaba al pormenor en el barrio de San Fernando, constituía un estuche de monerías impresionistas. Erase una fila de piezas bajas. En la primera, con ventanas a la calle, reinaba lo claro: en la luz de fuera, apenas tamizada por ligeros visillos, en el papel

tapiz con dibujos color crema-vainilla sobre fondo lacteo, en los asientos y alfombra matizados de ambar y oro pálido, hasta en menudos ornatos de marfil y cera, niveas floreas emergiendo de vasos de tecali. . . . cosas productoras de impresiones blancas.

Seguía un cuarto de azulada penumbra en que, gracias a otra selección de tintas en la gama azul, se obtenían “impresiones cerúleas.” Cuando el paciente que había esperado en el cuarto blanco pasaba al azul, experimentaba, conforme a los designios de Hermundio, un principio de recojimiento, favorable a la sugestión. Luego el cuarto gris, zurcado de repente por fulguraciones eléctricas para iniciar “impresiones deslumbrantes.” Por último, el cuarto negro donde el deslumbramiento se consumaba, y que sólo se abría cuando se trataba de alta sugestión por medio de impresiones profundas. A los íntimos, a Don Antón Penequez y otros cómplices de tenebrismo, el tenebroso Hermundio decía en voz baja algo misterioso referente al cuarto negro.

Acostumbraba Hermundio fruncir el entrecejo ante los clientes. Era su gesto impresionista con el fin de sugerir que, detrás de aquellas arrugas frontales, bullían ideas altísimas

CAPITULO X
U. A. N. D.

ajenas al lucro. Sin embargo, cuando un negocio se lograba, la frente de Hermundio se desfruncía.

Aquella tarde, a la hora en que comenzaban las correrías de Elvira, Hermundio se desfrunció, gracias a cierto rústico paciente afectado de una lupia o sea lobanillo del cuero cabelludo. Fué Don Antón Penequez quien le mandó ese regalo. Hermundio “amarró” al cliente, con una serie de diez aplicaciones de rayos X sobre su turgente lobanillo. Pago adelantado. De la talega ranchera ciento cincuenta emigraron a la faltriquera médica de Hermundio. Le faltaba para bien desfruncir el ceño cumplir con la reciprocidad. Según tácitos convenios, tenía Hermundio que reciprocitar a Don Antón cliente por cliente. Si bien es cierto que la generalidad de los médicos entienden la reciprocidad arrebatando clientes al querido compañero, el interés de Hermundio estaba en observarla honestamente y... ¡oh ley de las coincidencias! pensando estaba que a Don Antón le gustaba ser pagado, no con clientes de pantalón, sino de crujiente falda, cuando Carriles y Elvira se le presentaron en el cuarto blanco.

El desfruncimiento fué completo. En seguida impresiones blancas, azules, rojas, todas las

puso en juego el impresionista. Hasta la llevó al colmo de la sugestión despierta, en el cuarto negro, donde aparatos de proyección hacían surgir imágenes de muda elocuencia. Reconociendo la mística susceptibilidad de la joven, proyectó sobre el lienzo una virgen cuya mano izquierda, suavemente levantada y dirigida hacia el Noroeste, le sirvió á maravilla para el fin propuesto.

—“Mírala! Que vayas a la Tlaxpana, que te espera Don Antón!”

Real o artificialmente, la joven experimentó las sensaciones legendarias de Juan Diego en el Tepeyac. Excitada su fantasía, imaginó que la virgen se le aparecía como al indio, con trinar de aves canoras escondidas, flores intangibles perfumándole el tápalo... Sólo que no la mandaba a la casa del Obispo Zumárraga, sino a la de Don Antón Penequez.

—Virgen Santísima! clamó saliendo del gabinete negro; es el alma de mi asesinado quien me habla por ella y me envía hacia él....Don Antón!.....Un justiciero.—Llévenme con Don Antón!

Sonriente, Carriles, sacó su certificadito ofreciéndolo a la firma de Hermundio. Este firmó

CAPILLA DE SAN DIEGO
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD
U. A. N. N. U.

bajo reserva de que Don Antón firmase con él.

“Sólo hay dos eminencias médicas en la gran Tenoxtitlán: Hermundio y Penequez... Ya tengo una!”

Así habló Carriles.



XVI

EL EMINENTE DON ANTÓN PENEQUEZ.

Más de dos horas, llevaba el coche “calandria” de correr y parar por cuenta del Tesoro Público. Carriles se llevó la mano al chaleco para palpar los pesos, suputando mentalmente los que le quedarían “si acababa pronto con la hembra.” Y sí que acabaría, gracias a una rúbrica de Don Antón, eminencia de veras!

En el fondo de su alma, Carriles no estaba convencido de los méritos profesionales de Don Antón Penequez. Nunca le había sorprendido alguna prueba clínica importante, ni había leído de él el menor trabajo; sólo le oyera chismes de práctica casera, con elogios modestos de sí mismo y vituperios de colegas, cuyos nombres callaba, designándolos sin embargo, con afectada

COPIA A LOS SEÑORES
M. A. N. N. N.